

La Catequesis en los primeros siglos de la Iglesia.

Conforme al precepto de Cristo Nuestro Señor: «Id, y enseñad a todas las gentes, y bautizad a todos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñadles a guardar cuanto os he ordenado» (1), los Apóstoles trataron en primer lugar de convertir al pueblo judío, a quien especialmente se había hecho la promesa de la redención, y después se extendieron por todo el mundo llevando a todos los pueblos la buena nueva.

Enseñar a los hombres las verdades que el Hijo de Dios había revelado en la tierra, para que conforme a ellas dispusieran todos su vida, y bautizarlos para devolverles la vida sobrenatural que perdimos en el paraíso, éste fué y es todavía el primer deber de los enviados del Señor.

Catequesis y bautismo estaban, pues, en la más íntima relación en la primitiva Iglesia. Mas cuando los pueblos se convirtieron en masa, de modo que ya no podía ser sino excepción el bautismo de los adultos, y la regla era el bautismo de los niños, quedó la catequesis sin relación especial con aquel sacramento, y tomó nuevas formas que han variado no poco en el curso de los siglos.

Por hoy, nos limitaremos a exponer la catequesis en sus formas primitivas.

UNA CUESTIÓN DE NOMBRES

La palabra catequizar, *κατηγεῖν*, significa propiamente resonar o hacer resonar; es muy rara en los clásicos griegos, ni una sola vez aparece en el Antiguo Testamento, y en el Nuevo sólo la usan San Lucas y San Pablo en el sentido de enseñar de viva voz.

(1) Mat. XXVIII, 19-20.

El participio *κατηχούμενος*, significa en San Pablo el discípulo, por oposición al maestro (1). Estos «catecúmenos» eran fieles bautizados (2). Este mismo sentido general conserva la palabra hasta San Ireneo, y conforme a esto, catequesis, *κατήγορις*, no significa sino enseñanza religiosa.

A partir del siglo III, el sentido de estas palabras se contrae por una parte, en cuanto sólo se aplican a la enseñanza que precede al bautismo, y se extiende por otra, porque no se refiere ya sólo a la enseñanza, sino a toda la educación del pagano adulto que quería hacerse cristiano. «Catecúmeno», significa desde entonces, y es la única palabra de este grupo que no ha cambiado más de sentido, el adulto convertido, afiliado a la Iglesia, que no ha sido aún bautizado.

Cuando las conversiones de adultos se hicieron una excepción y la regla era el bautismo de los niños hijos de cristianos, cambió de nuevo el sentido de las palabras catequizar y catequesis, que pasaron a significar la instrucción religiosa dada a los niños, y por extensión fácil de comprender la que se da también a la gente ruda.

La palabra catecismo se halla por primera vez en San Agustín como sinónimo de catequesis o acto de catequizar (3). Más tarde pasó a significar el contenido de la instrucción cristiana, y después el libro en que dicha instrucción se contiene. Como título de dicho libro aparece por primera vez, que yo sepa, en el manual inglés, *Lay Folks Catechism*, escrito en 1357 (4).

Pero pasemos ya de los nombres a las cosas.

TIEMPOS APOSTÓLICOS

Según la diversidad del auditorio era distinto el método de predicación que tenían que emplear los apóstoles. A los judíos tenían que persuadir de que Jesús era el Mesías por ellos esperado; a los

(1) Gal. VI, 6. Cf. Rom. II, 18, *κατηχούμενος ἐκ τοῦ νόμου*, instruido por la ley.

(2) Compárese Gal. VI, 6, con Gal. III, 27.

(3) De fide et op. 14, ML, XL, 206. (N. B.: ML, MG = Migne, Patrologia latina o griega respectivamente.)

(4) Early English Text Society núm. 118. Tanto han repetido los protestantes que el primer libro con título de catecismo es el manual evangélico de Althamer 1528, que hasta los católicos se lo han creído. V. por ejemplo: Roloff, Lexicon der Pädagogik, II. 1129.

gentiles tenían que convertirlos del culto de los ídolos al del verdadero Dios, para darles después la buena nueva de que Dios había enviado su Hijo al mundo. Compárese la arenga de San Pedro el día de Pentecostés con el sermón de San Pablo en el Areópago (1), y se verá esta diferencia.

Pero entre los mismos judíos distinguían ya los apóstoles dos clases de creyentes. Aquellos que, más versados en las sagradas escrituras, más libres de prejuicios y más dispuestos a oír la voz de Dios, podían recibir en toda su plenitud la doctrina de Cristo, y otros que por débiles y apegados a lo antiguo apenas podían como niños con lo más elemental de la doctrina del Salvador.

Escribiendo San Pablo a los judíos, se queja de que pudiendo, según el tiempo que llevan, ser maestros, todavía necesitan que les repitan los primeros elementos, que se han vuelto como niños, que necesitan leche y no pueden llevar manjar sólido (2); y poco más abajo les repite por última vez los primeros elementos, para pasar a cosas más perfectas. «No insistamos, pues, más, dice, en el fundamento de la penitencia por las obras de muerte, de la fe en Dios, de la doctrina del bautismo, de la imposición de las manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno» (3).

Aquí tenemos el índice del catecismo que explicaba San Pablo a los más rudos. En la doctrina del bautismo estaba naturalmente incluida la de la redención, y la de nuestras relaciones con el Salvador.

Claro está que junto con esta parte dogmática enseñaba San Pablo la manera de bien vivir. En su primera carta a los Corintios (4), habla de «sus caminos en Cristo Jesús, que doquiera en todas las Iglesias» enseñaba. Esta comparación de los caminos, más parece aludir a la parte moral y práctica de su predicación que a su parte dogmática.

Precisamente sigue esta comparación del camino el compendio más antiguo de moral cristiana, la llamada *Doctrina de los doce Apóstoles*, obra del siglo primero (5). En él se explican los dos caminos por

(1) *Act. Apost.* II, 14 y XVII, 22.

(2) *Hebr.* V, 12.

(3) *Hebr.* VI, 2.

(4) IV, 17.

(5) *Διδασκαλία*, ed. Funk, Tübingen, 1887.

donde puede ir el hombre: el de la vida, que consiste en el amor de Dios y del prójimo, y el de la muerte, que va por los vicios que allí se señalan, para que los cristianos los eviten; y advierte el autor expresamente que todo esto se ha de enseñar antes del bautismo (1). Viene después el modo de bautizar, el precepto del ayuno, la oración del Padrenuestro y las acciones de gracias de la cena sacramental. Siguen algunas reglas sobre la manera de tratar con los apóstoles y profetas, y el modo de discernir los profetas verdaderos de los falsos; sobre el modo de haberse con los peregrinos, con los prelados, con los hermanos en general, y sobre el modo de celebrar los misterios y de elegir los obispos y los diáconos. Termina el tratado con una exhortación a vivir preparados y con las señales del juicio final.

RESUMEN DE UN LARGO DESARROLLO

La instrucción de los catecúmenos, que, como hemos visto, ya se insinúa en la Doctrina de los doce Apóstoles, se desenvolvió de un modo singular.

En el siglo I y parte del II se enseñaba sin reticencias a los que deseaban hacerse cristianos la nueva doctrina, y se les daba, tan pronto como estaban dispuestos, el bautismo. Durante las persecuciones la enseñanza, como toda la vida cristiana, tenía que ser oculta y clandestina, pero no existía propiamente al principio la disciplina del arcano.

Después de Marco Aurelio respiró el cristianismo y se hizo de clandestino, público. Gran número de personas de todas clases pedían el bautismo en las diversas regiones del imperio. La preparación de los bautizados no podía ser tan esmerada. El resultado fué que, al estallar la persecución de Decio, apostataron muchísimos con la misma facilidad con que se habían convertido.

Tal vez fué esto lo que dió ocasión a las iglesias de ser más rigurosas en la admisión, y de organizar por primera vez el catecumenado como un período de tiempo fijo, en el cual, con enseñanza asidua y con prácticas ascéticas y litúrgicas, no menos que con penitencias, se preparaban los recién convertidos a su admisión definitiva.

(1) Cap. VII.

Tanto ésta como la preparación se rodearon de toda la solemnidad posible y de cierto misterio, sin duda para excitar el interés, para infundir en los convertidos más aprecio de lo que recibían, y para que su entrada en el cristianismo no fuera uno de tantos pasos de su vida, sino un gran acontecimiento, que absorbía por mucho tiempo la atención del hombre, le mantenía en larga expectativa, le impresionaba más cuanto más se acercaba, y finalmente el día de su iniciación solemne le hacía una impresión saludable y profunda para todo el resto de su vida. La idea pedagógica de tales iniciaciones no era nueva. Se usaba ya en varios ritos de la antigüedad.

De esta manera se tuvo la catequesis desde el siglo III hasta la ruina del Imperio.

Con ésta empezó una nueva era en la vida de la Iglesia. Los pueblos bárbaros se convertían en masa, ya no se podía pensar en dar a cada uno de los convertidos la educación especial del catecumenado. La atención de los ministros de la Iglesia tuvo que dirigirse a instruir en su religión a los ya bautizados, con los cuales no tenía ya razón de ser la disciplina del arcano ni las solemnidades de la iniciación.

Siendo cristianas las familias, los niños se bautizaban en temprana edad. Por si faltaban los padres o no estaban suficientemente instruidos en la fe, obligó la Iglesia a los padrinos a dar a sus ahijados instrucción religiosa, mas no bastando este cuidado, deber era de los ministros de la Iglesia instruir también a los pequeños. Así por toda la edad media la catequesis se dirigió a los niños y a la gente ruda. Para atender a los primeros fundáronse en casi todos los monasterios y catedrales escuelas, cuyo fin principal era enseñar la doctrina cristiana. La escuela nacida en el seno de la Iglesia creció después, se hizo fuerte y capaz de sostenerse por sí misma. En la edad moderna interviene en ella el Estado, considerándola como el medio más eficaz de difundir en el pueblo la cultura, pero deja, con pocas excepciones, su puesto a la Iglesia para que ella por medio de sus delegados continúe el cumplimiento de su deber sagrado de enseñar a los pequeños los caminos del Señor. De este modo, la catequesis empezó por ser una educación inseparable de las más sublimes prácticas del culto, y ha venido a convertirse en una asignatura escolar. Sólo donde no hay escuelas suficientes, o no dejan éstas el lugar debido a la Iglesia, cumple de nuevo la catequesis parroquial con el deber de llevar a los niños a Cristo.

Veamos ahora en particular, conforme a nuestro plan, el primero de estos períodos.

EL CATECUMENADO

Consta ciertamente que a fines del siglo II estaba ya establecido en varias iglesias el catecumenado. Las santas Perpetua y Felicidad, martirizadas en Cartago el año 202, eran catecúmenas. Tertuliano opone la práctica de su Iglesia a la de los herejes, entre los cuales, dice, no se sabe quién es fiel y quién es catecúmeno (1). Segundo él las prácticas ascéticas del catecumenado son: «oraciones frecuentes, ayunos y genuflexiones, vigilias pasadas en oración, y confesión de todos los pecados» (2).

Ya por entonces existía la famosa escuela catequética de Alejandría, que empezó por ser una escuela de catecúmenos (3), y se convirtió más tarde en una escuela superior de catequistas y teólogos.

El catecumenado no era muy largo en aquellos principios. Así por lo que hace a Siria se lee en las Homilías y reconocimientos clementinos: «El aspirante debe dirigirse a Zaqueo (que era el Obispo) para dar su nombre y aprender de él los misterios del Reino de los Cielos, ayunar frecuentemente, examinarse mucho, y al cabo de estos tres meses podrá recibir el bautismo un día de fiesta» (4).

Pero con la paz dada a la Iglesia por Constantino tomó el catecumenado el carácter de una institución regular, bien definida y general en toda la extensión de la Iglesia, aunque conservando sus peculiaridades en cada provincia eclesiástica. La admisión en el número de los catecúmenos estaba rodeada de imponentes ceremonias. En Roma se usaban la insuflación, los exorcismos, la señal de la cruz hecha en la frente, la imposición de manos y la aplicación de sal bendita (5).

(1) De praescr. XLI, ML, II, 68.

(2) De bapt. XX, ML, I, 1332.

(3) Eusebio, V, 10; VI, 3; MG. XX, 454, 528.

(4) MG. I, 1311.

(5) Así lo afirma Duchesne, *Origines du culte chrétien*, 3.^e ed. p. 295, 296; pero el pasaje que cita para probarlo, ML. LIX, 402, no parece que se refiere a la entrada, sino al curso mismo del catecumenado. El Concilio de Elvira prohíbe recibir en el catecumenado a los cocheros (entendiendo los

En Oriente duraba tres días esta primera iniciación. «El primer día, dice el Concilio Constantinopolitano, les damos el nombre de cristianos; el segundo los hacemos catecúmenos; el tercero los exorcizamos soplandoles tres veces en el rostro y los oídos; después los catequizamos y hacemos que asistan por largo tiempo a la iglesia y que oigan las sagradas escrituras, y por fin los bautizamos» (1).

Hemos hecho arriba mención de la disciplina del arcano. Consistía éste en no descubrir a los profanos el símbolo de la fe, el Padre nuestro ni lo concerniente al santo sacrificio y a los sacramentos. De aquí las reticencias de que están llenos sobre todo San Crisóstomo, San Agustín y Teodoreto en sus homilías al pueblo. La revelación se iba haciendo poco a poco. Para esto se establecieron dos grados en el catecumenado: el de los catecúmenos propiamente dichos y el de los competentes (2). En el primero, que solía durar dos o tres años (3), se enseñaba a los catecúmenos las sagradas escrituras, pero sin descubrirle ninguno de los misterios. Sólo después de haber sido reconocido en tan larga prueba digno del nombre de cristiano, se le admitía al grado de los competentes, para que en unas pocas semanas se preparara inmediatamente al bautismo. En este tiempo el Obispo en persona o un delegado especial suyo les revelaba el símbolo, el Padre nuestro y lo esencial de la doctrina del Sacrificio y de los sacramentos (4). La explicación cabal de todas las ceremonias sólo tenía lugar después del bautismo.

Conforme a esta disciplina del arcano los profanos no podían asistir a la celebración de los sagrados misterios. Sólo la primera parte

de carreras en el circo) y a los comediantes, si no renuncian a su oficio. (Can. 62, Harduin, I, 256.)

(1) Harduin I, 813.

(2) Véase Huyskens, *Zur Frage über die sogenante Arkandisziplin*, Münster 1891.—Funk, *Die Katechumenatsklassen*, Theolog. Quartalschrift, 1883, p. 41; cf. S. Agustín, *de fide et op.* 9, ML. XL, 198. «Hoc fit (praeparatio ad baptismum) multo diligentius et instantius his diebus quibus competentes vocantur, cum ad percipiendum baptismum sua nomina jam dede runt.»

(3) En España duraba dos años si el aspirante llevaba vida ejemplar, y sólo en peligro de muerte podía adelantarse el bautismo. Conc. iliber. can. 42, Harduin I, 247.

(4). S. Cirilo, S. Crisóstomo y S. Agustín estuvieron encargados en sus respectivas iglesias, aun antes de ser Obispos, de este cargo de confianza.

de ellos, llamada *Missa catechumenorum*, en que junto con algunas oraciones se leían trozos de la sagrada escritura y se dirigía al pueblo la homilía, era pública, no sólo para los catecúmenos, sino para los infieles y judíos (1). Estos debían abandonar el lugar sagrado después de la homilía. Antes de excluir a los catecúmenos se hacía oración por ellos y se les imponían las manos. Venían después las oraciones y exorcismos en favor de los competentes, después de los cuales eran también éstos excluidos (2).

Por varias razones no pocos catecúmenos, sobre todo de la aristocracia, permanecían indefinidamente en este grado sin pedir el bautismo. Sabido es que los emperadores Constantino y Constancio sólo se bautizaron a la hora de la muerte. San Martín de Tours, catecúmeno desde los diez años, se bautizó a los veintidós. A San Ambrosio le nombraron Obispo de Milán antes de estar bautizado, y San Agustín, catecúmeno desde temprana edad, no se resolvió a dar el paso definitivo de su conversión sino a los treinta y tres años.

EL GRADO DE LOS COMPETENTES

Pero por regla general, terminado el tiempo del catecumenado, el aspirante pedía el bautismo, y para prepararse a él entraba, como hoy diríamos, en ejercicios; es decir, en una escuela litúrgico-ascética, a que se juntaba la revelación de los misterios y que terminaba con la iniciación propiamente dicha.

Lo primero que tenía que hacer el que deseaba iniciarse era dar su nombre (3). Como el bautismo se concedía el día de Pascua, las listas se cerraban empezada la cuaresma; en Laodicea, por ejemplo, al terminar la segunda semana de la misma (4). No se admitía a ninguno que no hubiera llevado durante el catecumenado buena vida, o que no hubiera aprovechado lo bastante en la enseñanza religiosa.

Empezaba, pues, la seria preparación para el bautismo. La Iglesia hacía al aspirante sus últimas confidencias antes de recibirle definiti-

(1) Conc. Cartag. IV, can. 84, Harduin 790.

(2) Constit. Apostol. VIII, 6. MG. I, 1075...

(3) S. Agustín, de fide et oper. 9, ML. XL, 203.

(4) Conc. Laod. can. 45, Harduin, I, 790.

vamente en su seno. Por su parte, el convertido ponía todo su empeño en purificarse de los pecados pasados por la penitencia, y hacerse digno de la infusión de la gracia que iba a trasformarle en una nueva creatura. Eran los últimos días de una lucha definitiva entre el alma que se sentía pecadora y alejada de Dios, y quería encontrar benigno a su creador, y el demonio que procuraba por todos medios asegurar la posesión de que por tantos años había gozado pacíficamente. La Iglesia, por su parte, no sólo exhortaba al soldado a la victoria, no sólo oraba por él, sino que con sus exorcismos procuraba debilitar el poder que aun después de la redención ha conservado el demonio sobre las almas.

Mientras duraba esta lucha, el convertido ayunaba (1), se abstendía de carne y vino (2), y si era casado no se acercaba a su mujer (3). La caridad de los hermanos no sólo ayudaba con oraciones al valiente luchador, sino que le acompañaba en sus penitencias, de donde tomó tal vez origen el ayuno cuadragesimal. Ya la Doctrina de los doce Apóstoles, de que hablábamos arriba, recomienda que antes del bautismo ayunen el bautizando, el que lo bautiza y algunos otros si pueden (c. VII). Más tarde, San Justino nos hace ver que la costumbre se había arraigado y extendido (4).

Dos prácticas ponían el sello a la victoria que en aquellos días alcanzaba sobre el demonio el catecúmeno: La confesión y el solemne juramento de renuncia a Satanás.

La confesión no era pública sino secreta, ante el Obispo (5); ni era propiamente confesión sacramental, como quiera que precedía al bautismo, sino una práctica ascética, con que el pecador se purificaba a sí mismo confundiéndose, avergonzándose, humillándose y detestando su vida pasada. Eusebio, al contar la conversión de Constantino, nos habla expresamente de su confesión (6).

La renuncia solemne a Satanás es práctica que se remonta probablemente hasta el siglo primero. Tertuliano habla de ella como de una tradición de las más antiguas. En su tiempo solía preceder inme-

(1) S. Agust., de fide et op. 8, ML. XL, 202.

(2) Conc. Cartag. IV, can. 85, Harduin I, 984.

(3) S. Agustín, loc. cit.

(4) MG. VI, 420.

(5) Véase Achelis, *Die canones Hippolyti*, Leipzig, 1891; can. 103, p. 92.

(6) MG. XX, 1213.

diatamente al bautismo. Antes de bajar a la piscina bautismal el catecúmeno hacía, en manos del Obispo, juramento de renunciar «al demonio, a su pompa y a sus ángeles» (1).

La parte esencial de la instrucción que daba la Iglesia en estos días a los convertidos era la revelación y explicación del símbolo y del Padre nuestro, así como la revelación de los sacramentos en que consistía su iniciación: Bautismo, confirmación, eucaristía y los misterios de la Misa.

La catequesis más completa que de estos puntos conservamos es la de San Cirilo de Jerusalén, en 348 (2). En 18 catequesis que precedieron al bautismo explica a los competentes cuál es su nueva vida, cuáles sus deberes de cristianos, y les enseña después, punto por punto, el recto sentido del símbolo de la fe. En los días de Pascua continúa la instrucción en cinco catequesis llamadas mistagógicas, en que se explican brevemente los ritos sacramentales.

LA LITURGIA DE LA INICIACIÓN

Para dar una idea de la liturgia que usaba la Iglesia en aquellos días de preparación para el bautismo y de los ritos de la iniciación, expondremos solamente la práctica de la Iglesia romana (3).

A partir de la tercera semana de cuaresma se dedicaban siete sesiones a la preparación de los bautizandos. A estas sesiones se daba el nombre de escrutinios (*scrutinia*, de *scrutare* investigar), porque en ellas se averiguaba si el catecúmeno era digno del bautismo, y cualquiera de los fieles podía oponer las dificultades que juzgara convenientes.

En el primer escrutinio se cerraban las listas de los aspirantes, y se les dividía en dos grupos: los hombres a la derecha, las mujeres a la izquierda. Comenzaba la misa. Reizada la colecta, un diácono invitaba a los catecúmenos a prosternarse y orar. Despues de la oración

(1) *De corona*, cap. III, ML. II, 98.

(2) MG. XXXIII.

(3) Cf. Duchesne, *Origines du culte chrétien*, París 1903, pág. 294... Para la liturgia usada en España, v. S. Isidoro, *De officiis*, ML. LXXXIII, 814... y S. Ildefonso, *De cognitione baptismi*, ML. XCVI, 111...

se signaban, diciendo: «En el nombre del Padre, etc.» Venían después los exorcismos. Un exorcista se acercaba primero a los hombres, después a las mujeres, hacia a cada uno la señal de la cruz en la frente, y les imponía las manos, pronunciando la fórmula del exorcismo. Otro exorcista y otro tercero repetían la misma ceremonia. Cada exorcismo constaba de una breve oración que variaba, y de la siguiente fórmula común:

Ergo maledicte diabole, recognosce sententiam tuam et da honorem Deo vivo et vero, et da honorem Jesu Christo Filio ejus et Spiritui Sancto; et recede ab his famulis Dei, quia istos sibi Deus et dominus noster Jesus Christus ad suam sanctam gratiam et benedictionem fontemque baptismatis dono vocare dignatus est. Et hoc signum sanctae crucis frontibus eorum quod nos damus, tu maledicte diabole nunquam audeas violare.

Después de los tres exorcistas se acercaba el sacerdote, y repetía la señal de la cruz y la imposición de manos, diciendo una oración en que pedía a Dios iluminara y limpiara a aquellos sus siervos para hacerlos dignos del bautismo. Después de postrarse de nuevo los catecúmenos volvían a sus puestos y la misa continuaba. Antes del Evangelio eran despedidos como de costumbre.

Estos exorcismos se repetían todos los días de escrutinio menos el último. El tercero tenía especial importancia. Era el día destinado para iniciar al candidato en el evangelio, el símbolo y la oración dominical (1).

Después de las colectas y gradual, salían de la sacristía cuatro diáconos con gran pompa, llevando los cuatro evangelios, uno cada uno. Se acercaban al altar y colocaban los cuatro libros sobre los cuatro ángulos de él. Los catecúmenos estaban de pie en actitud atenta y respetuosa. Uno de los diáconos leía las primeras páginas de San Mateo y el sacerdote las explicaba brevemente. Lo mismo se hacía con los otros evangelistas.

A continuación venía la revelación del símbolo, precedida y seguida por una exortación del sacerdote. En los tiempos bizantinos, cuando la población de Roma era una mezcla de griegos y latinos, el sacerdote encargaba a los acólitos que hicieran repetir a cada uno el credo en su propia lengua.

(1) La ceremonia del Evangelio no se encuentra en otras iglesias fuera de la romana.

El mismo sacerdote explicaba después el Padre nuestro, punto por punto, y terminaba con una breve alocución.

La víspera de Pascua se celebraba el último escrutinio. Esta vez era un sacerdote el encargado de los últimos exorcismos, que revestían especial solemnidad. Seguía a continuación el rito del *effeta*. El celebrante tocaba con el dedo mojado en saliva el labio superior y los oídos de cada catecúmeno, recordando el milagro del sordo-mudo, y pronunciaba estas palabras:

Effeta, quod est adaperire, in odorem suavitatis. Tu autem effugare, diabole, adpropinquavit enim judicium Dei.

Los catecúmenos se despojan entonces de sus vestidos y reciben en el pecho y las espaldas una unción de óleo exorcizado. Todas estas ceremonias son simbólicas. El convertido va a librarse el último combate con el demonio, es preciso que sus sentidos estén muy despiertos, es preciso ungirle como atleta que se prepara al combate.

Terminada la unción se presenta cada catecúmeno delante del sacerdote:

—¿Renuncias a Satanás?—Renuncio.

—¿Y a todas sus obras?—Renuncio.

—¿Y a todas sus pompas?—Renuncio.

Después de este solemne juramento hace el nuevo discípulo de Cristo profesión de fe recitando la fórmula del símbolo. Concluida la ceremonia los catecúmenos se prosternan para hacer oración y son despedidos por el diácono.

Los así escogidos para el bautismo asistían con los demás fieles a la vigilia solemne de Pascua.

En la lectura de los pasajes más importantes de la Biblia, interrumpida por cánticos acomodados a los textos, como aun hoy día se usa en el oficio del sábado santo, se pasaba el tiempo hasta la hora del bautismo.

Llegada ésta se dirigía el Papa con los clérigos y los «escogidos» al hermoso bautisterio que todavía existe hoy en S. Juan de Letrán. Se bendecía la fuente bautismal con el ceremonial que se usa todavía. Despojados de sus vestiduras avanzaban los escogidos hacia la piscina. El archidiácono los presentaba uno por uno al Papa, quien les hacía tres preguntas que resumen todo el símbolo. *Credis in Deum patrem omnipotentem? etc.* Tres veces respondía el escogido afirma-

tivamente, y otras tantas era sumergido en la piscina y rociada de agua su cabeza, mientras el Papa decía: *Baptizo te in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti*. Cuando había muchos bautizandos, ayudaban al Papa los clérigos de la comitiva.

Mientras terminaba el bautismo se dirigía el Papa al consignatorio, donde le eran presentados los neófitos para la ceremonia de la confirmación. Un sacerdote ungía en primer lugar a los recién bautizados en la cabeza, con el santo crisma o aceite perfumado, bendito solemnemente por el Papa en los oficios del jueves santo.

Los neófitos recibían entonces, en vez de sus antiguos vestidos, blancas túnicas que conservaban hasta el día de la octava de Pascua, que por eso se llama dominica *in albis*; es decir *in albis depositis*.

Con su nueva vestidura eran presentados al Pontífice, asistidos por sus padrinos o madrinas, y recibían el Sacramento de la confirmación.

A continuación venía la primera comunión. El cortejo se formaba para entrar de nuevo en la basílica. Los cantores cantaban y repetían las letanías. El Pontífice se prosternaba delante del altar, y levantándose de nuevo entonaba el *Gloria in excelsis*, comenzando así con un grito de júbilo la primera misa de Pascua, en que los iniciados gozaban por primera vez del banquete eucarístico. Al terminar la ceremonia, la aurora anunciaaba el nuevo día.

La octava de Pascua era una fiesta continua. Cada día había misa en una estación distinta. Los neófitos asistían con sus blancas vestiduras, y tomaban parte en la comunión. Por la tarde se reunían de nuevo en la basílica lateranense para las vísperas, que terminaban con el canto del Evangelio, es decir del *Magnificat*, y las preces de costumbre. Terminaba el día con una procesión al son de cánticos griegos y latinos, al bautisterio y a la capilla donde habían sido confirmados.

Así terminaba, con la octava de Pascua, el solemne tiempo de la iniciación (1).

¿Quién duda que esta catequesis ponía en juego todas las facultades del hombre, imaginación y corazón, voluntad y entendimiento?

(1) En algunas iglesias continuaban por varios días ciertas prácticas ascéticas. *Neophyti aliquamdiu a lautoribus epulis et spectaculis et conjugibus abstineant*, manda el Concilio cartaginense 4.^º, can. 86, Harduin I, 984.

¿Quién duda que estaba admirablemente bien pensada, no sólo para atraer del cielo las bendiciones de Dios sobre el convertido, sino para excitar a éste a abandonar todos los resabios del paganismo y a purificar su alma de todos los rastros de los pasados vicios, para que vestido del hombre nuevo empezara a vivir una vida alejada de los caminos del demonio y digna de un cristiano?

TRATADOS CATEQUÍSTICOS

Como la catequesis en los primeros siglos era oral, y en su parte principal estaba envuelta en los velos del arcano, no se escribían catecismos para uso de los fieles. En cambio conservamos gran número de catequesis de los mayores doctores de aquel tiempo, que se hallan entre sus obras, generalmente bajo el título de Explicación del símbolo, o de Sermones a los competentes. Las más notables y completas son las de S. Cirilo de Jerusalén, de que hablamos arriba.

Lástima que se haya perdido la respuesta *in modum catechismi*, que envió S. Ambrosio a la Reina de los Marcomanos, la cual le había pedido que le enseñara *qualiter credere deberet* (1). En ella tendríamos el primer catecismo de Occidente.

En cambio se conservan dos tratados catequísticos o métodos para la enseñanza religiosa. Uno es la gran catequesis de San Gregorio Niseno (2), en que enseña a resolver todas las dificultades que pueden tener los catecúmenos, el otro la preciosa obra de San Agustín *De catechizandis rudibus* (3), que en los siglos siguientes sirvió de guía a los que, convirtiendo a los bárbaros o instruyendo a los cristianos ignorantes, se dedicaban a exponer la doctrina cristiana.

El título dice menos de lo que es la obra. La cual, por su extraordinario influjo, bien merece un breve análisis.

Deogracias, diácono de Cartago, a quien por su talento de catequizar le llevaban con frecuencia los catecúmenos, escribió al Santo pidiéndole consejo y aliento. Consejo, porque dudaba casi siempre cuánto había de abarcar la narración en la catequesis, y si con los preceptos había de juntarse o no una exhortación a cumplirlos. Alien-to, porque le ocurría que después de hablar quedaba disgustado de sí

(1) *Vita Ambrosii*, 36. ML. XIV, 42.

(2) MG. XLV, 9.

(3) ML. XL, 309.

mismo; y con la impresión de haberlo hecho muy mal. [De cat. rud. l.]

Empezando por este último punto le da San Agustín consoladora doctrina. A veces, dice, queda disgustado el orador, y satisfechos los oyentes. «A mí mismo, añade, me pasa casi siempre que no me gusta mi discurso. Aspiro a otro mejor de que gozo en mi interior antes de empezar a desenvolverlo con palabras exteriores... Cuanto yo entiendo quisiera lo entendiera el que me oye, y veo que no soy capaz de conseguirlo. Con todo muchas veces la afición de los que desean oírme me indica que no es tan fría mi palabra como a mí me parece, y por el gusto de los oyentes conozco que sacan provecho; y así me resuelvo a no abandonar este ministerio, del cual ellos sacan el fruto que se pretende» [3].

De todos modos el catequista tiene que curarse radicalmente de ese desaliento. No está la dificultad de la catequesis en determinar cuánto ha de abarcar la narración y cómo ha de adaptarse a los oyentes, sino en conseguir que todo catequista desempeñe su oficio con amor y entusiasmo. Esto es lo principal, y el mejor catequista será el que más tenga de esto.

El Santo divide su obra en tres partes: de la narración, de los preceptos y exhortación, y de los medios para combatir el desaliento [4.]

La narración se ha de extender desde la creación del mundo hasta el momento presente de la vida de la Iglesia; ha de ser como una filosofía de la historia (claro que el autor no usa este término) que haga ver cómo todo el desenvolvimiento de la humanidad converge hacia Jesucristo. Que el hombre en el curso de la historia encuentre a Dios que busca nuestro bien, y le ame, ese ha de ser el fin de la narración [5-8]. O como dice el Santo con frase insuperable, *quidquid narras ita narra, ut ille cui loqueris audiendo credat, credendo speret, sperando amet* [8].

La narración misma ha de ser «sencilla como el hilo de oro que une las perlas de la Escritura», evitando las cuestiones difíciles que distraen la atención y enredan el precioso aderezo [10].

No debe omitirse antes de la narración el averiguar con qué intención quiere hacerse cristiano el pretendiente, para corregirla si fuere torcida, o confirmarla si es recta [9].

A la narración siguen los preceptos. Ante todo se ha de proponer la resurrección y el juicio, el infierno y la gloria. Se ha de prevenir la debilidad del instruído contra los escándalos de fuera y más contra

los de dentro, y a este propósito añade el autor el siguiente aviso de no menor actualidad en el siglo XX que en el siglo IV.

«Mas cuando se le instruya contra las turbas de perversos que llenan las iglesias corporalmente, déñsele al mismo tiempo con brevedad los preceptos de una buena y cristiana vida, para que no le seduzcan fácilmente los ebrios, avaros, ladrones, jugadores, adulteros, fornicarios, los que pasan la vida en espectáculos, los fabricantes de remedios sacrílegos, los cantadores (*Praecantatores*), los astrólogos y adivinos, y demás de este jaez; para que no se crea a cubierto de castigo por ver a muchos que se llaman cristianos amar, hacer, defender, aconsejar y persuadir todas estas cosas.

Y así hay que hacerle ver claramente por testimonios de los sagrados libros, el fin que a todos estos espera, y cómo hay que tolerarlos en la Iglesia, de la cual serán separados en el postrero día.» [11]

Toda la catequesis hay que acomodarla a la capacidad del oyente, según sea docto y erudito, o rudo, o bien de aquéllos que vienen de «las escuelas pobladísimas de los gramáticos y retóricos», que no pueden contarse ni entre los rudos ni entre los doctos.

A estos semidoctos retóricos hay que inculcarles diligentemente la humildad, «para que no desprecien a aquellos que con más diligencia evitan las faltas morales que las gramaticales», y no se escandalicen de ver en la Iglesia ministros que tal vez ni entienden ni dividen bien lo que rezan, pues aunque esto debe corregirse, con todo, la Iglesia no es el foro. Allí valen las palabras, aquí el corazón [13].

Explicado así brevemente el contenido de la catequesis, se alarga el santo en su objeto principal, en desterrar el desaliento del catequista, exponiendo seis causas de él y sus remedios [14-22].

Insiste antes de terminar en la regla de oro: «Acomodar el discurso a los oyentes», pues tratando de mostrar con un ejemplo cómo puede hacerse la catequesis según sus instrucciones, se halla con la dificultad de que no sabe cómo hablar, porque no sabe a quién tiene delante.

«De mí mismo te puedo decir—dice en este punto el Santo—que de una manera muy distinta me siento movido, según que tenga delante de mí, para catequizar, a un erudito, a un infeliz, a un ciudadano, a un peregrino, a un rico, a un pobre, a un particular, a un hombre de respeto o a uno que ocupa un puesto de gobierno; a uno de

esta tierra o de la otra, d'uno u otro sexo, de tal o cual edad, de esta secta o aquélla; y según la diversidad de mi afecto, empieza, continúa y concluye mi discurso» [23].

En fin, para dar algún ejemplo, supone que tiene delante de sí a un ignorante, no del campo sino de la ciudad, y le explica, como catequista, todo lo arriba indicado [24-50].

Por si esto fuera poco, da otro ejemplo más breve de cómo puede hacerse la misma catequesis cuando el tiempo apremia [52-55].

Sobre estas líneas, y siguiendo casi siempre este áureo tratado del Obispo de Hipona, trabajaron en los siglos siguientes los que en toda la extensión de Europa convirtieron a los pueblos bárbaros, y los ganaron para el cristianismo y para la civilización.

LA ACCIÓN DE LA FAMILIA

Por lo que hace a los niños, la Iglesia confiaba su enseñanza religiosa a la familia. La vida, culto y predicación de la Iglesia completaba, naturalmente, esta educación familiar.

Aquellas familias, tan distintas de las paganas, constituidas según las divinas normas que dejó San Pablo en su carta a los Efesios (V. 22...), y condensó en cuatro palabras en la de los Colosenses (III, 18-21): «Mujeres, sed obedientes a vuestros maridos, como es vuestro deber en el Señor; maridos, amad a vuestras esposas y no las tratéis mal; hijos, obedeced en todo a vuestros padres, que esto es hermoso a los ojos de Dios; padres, no os irritéis con vuestros hijos para que no se hagan pusilánimes»; aquellas familias que contaban casi siempre entre sus recuerdos la sagrada memoria de algún mártir; aquellas familias que entre las tinieblas y corrupción de la gentilidad conservaban encendida la lámpara de la verdad y difundían el buen olor de Cristo, eran la escuela más a propósito para infundir en los tiernos corazones de los niños aprecio y estima de lo sobrenatural, viva fe, amor a Dios y caridad con el prójimo.

No había entonces catecismo para aprender de memoria; sólo tenían que grabarse los niños las fórmulas que recibían los adultos antes del bautismo; pero en cambio su continua y asidua ocupación era el estudio de las Sagradas Escrituras. En ellas aprendían a leer, con ellas se nutría su espíritu, ellas le servían de contraveneno cuando, llegados a la adolescencia, tenían que asistir a las clases de los maestros paganos.

«El conocimiento de la Sagrada Escritura—decía en una homilía San Juan Crisóstomo (1)—es el mejor remedio contra la fuerza de las pasiones, ya de suyo desatadas en la juventud, y reforzadas por la lectura de los escritores paganos, donde los niños aprenden cómo se dejaron vencer por las pasiones los más admirados héroes.»

El estudio de las sagradas letras era extenso y profundo. San Jerónimo señala para la hija de una noble matrona romana, la lista siguiente:

«Que aprenda—dice—primero el Salterio, y vea después en los Proverbios de Salomón cómo ha de ser su vida; que se acostumbre a hollar con el Eclesiastés las cosas mundanas; séale el libro de Job modelo de virtud y de paciencia; pase después a los Santos Evangelios, que nunca debe dejar de la mano; aplíquese con ansia a los Actos y las Cartas de los Apóstoles; y cuando haya llenado el santuario de su corazón con estos tesoros, aprenda de memoria los Profetas, el Pentateuco, los libros de los Reyes y los Paralipómenos, los de Esdras y Ester. Por último podrá leer, ya sin peligro, el Cantar de los Cántares. Si lo leyera al principio le haría mal, porque no entendería el epítalamio espiritual que bajo palabras carnales está oculto» (2).

Verdad es que la niña para quien esto se escribía estaba consagrada a Dios, pero también es cierto que la madre no estaba menos instruida, y que este programa de religión, escrito para una joven en los siglos de oro de la Iglesia, parecería hoy excesivo a más de un estudiante de Teología.

Así, con tan buena instrucción religiosa y con tan santas tradiciones familiares, no es extraño que se formaran aquellas generaciones de cristianos que, con vida ejemplar, con verdadero amor del prójimo y derramando si era menester su sangre, dieron a la Iglesia el triunfo definitivo sobre el paganismo.

Las madres tenían en esta educación familiar la mayor parte. Y no es casualidad que tres de los mayores doctores de la Iglesia, el Crisóstomo, el Nacianenco y Agustino, confiesen deber la dirección de su espíritu a sus madres, Antusa, Nonna y Mónica.

¡Dios nos dé muchas madres semejantes! ¡Qué pronto se reformaría entonces la enferma sociedad moderna!

F. RESTREPO.

(1) Hom. 21, in Ephes. MG. LXII, 149.

(2) Epist. ad Laetam ML. XXII, 876.